

## JOSE M.<sup>a</sup> SANCHEZ CARRION “TXEPETX”

El espacio bilingüe (aspectos etnolingüísticos del bilingüismo  
y teoría lingüística de los espacios)

Eusko Ikaskuntza, Burlada. 1981. 179 páginas

Cuando Sánchez Carrión aparece, y bien se puede decir que irrumpe, en el campo de los estudios vascos con su *El estado actual del vascuence en Navarra*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1970, resultado de una larga (y muy penosa) encuesta realizada en los lugares mismos, se produce algo que, por cuanto sé, no tenía precedentes por estos parajes y difícilmente tendrá imitadores fieles. Se trata, en efecto, de alguien que, movido por el impulso incontrastable de la verdadera vocación, llega a la zona de habla vasca (la auténtica Euskal-herría en el sentido literal del término) desde Granada, donde puede decirse que acaba de empezar sus estudios de Filología. Sólo después de publicado el libro llegué a conocerle en Salamanca, donde cursó lo que entonces eran los años de especialidad.

Llegado de fuera a remediar en alguna medida las consecuencias nada gratas de nuestra desidia secular, ha proseguido entre nosotros una carrera que bien se puede considerar atípica. Nunca se ha interrumpido su producción que, sin embargo, aparece y reaparece aquí y allá, de modo más bien inesperado. De entre sus trabajos no voy a mencionar más que uno, porque constituye en cierto modo un antecedente directo (basta con fijarse en las citas que en él se le dedican) del libro que comento: “Bilingüismo, diglosia, contacto de lenguas: hacia una delimitación de conceptos”, *Anuario del Seminario Julio de Urquijo* 8 (1974), 3-79. En dos palabras, en la vida y en la obra del autor se manifiesta una trayectoria poco habitual, sobre todo por la escasa atención que parece prestarse al *cursus honorum*, cosa cada vez menos corriente en el gremio.

No quiero decir, sin embargo, que Sánchez Carrión se ha limitado a seguir publicando, de manera más o menos regular o esporádica. Lo publicado es siempre el fruto del continuado acopio y examen de materiales nuevos y viejos y, más que nada, de una reflexión teórica cada vez más exigente sobre los fundamentos. De ello es buena prueba este último libro, por una larga lista de aspectos de los cuales no voy a señalar más que alguno que otro. Hay en él una preocupación nada común por los principios que se

muestra también en la larga lista de trabajos de las escuelas más dispersas utilizados, y no meramente citados, en esta obra. Pero esta atención a los principios no trae como secuela, cosa nada infrecuente entre teorizantes, una despreocupación, si no desprecio, por los datos constantes de primera mano, de lo que ha ocurrido y ocurre en otros países y con otras lenguas, que se parece poco a las fábulas milesias, inspiradas en el *wishful thinking*, que es costumbre contar entre nosotros en sustitución, nada ventajosa, de los relatos sobre Tartalo o las Lamias que nos contaban nuestros mayores.

Por otra parte, y hay que tocar por necesidad este lugar dolorido y delicado, el autor “ha venido de fuera”, aunque no haya sido para “echar de casa” a nadie: vino a trabajar campos que pocos, si alguno, trabajaban entre nosotros. Se quedó aquí, además, y desde hace muchos años es tan de casa como cualquier “nativo”. Pero esa anécdota extravagante no deja de tener, aún hoy en día, consecuencias bien manifiestas. No se puede decir que Sánchez Carrión no sea y esté *engagé* en relación con los problemas que trata. Está claramente, por decirlo de alguna manera, en favor de la lengua vasca, pero yo diría que lo está dentro de una concepción más general, ya que está a favor de las lenguas “menores” y deseoso de luchar por ellas en el desigual combate que libran con las “mayores”: no habrá que insistir aquí, porque no hay que desplazarse lejos para hallar ejemplares de muestra, en que para algunos, quizá para bastantes, la existencia de aquéllas, lejos de serles indiferente, les parece una carga gravosa y un obstáculo molesto (aparte de constituir, no se sabe por qué, una especie de afrenta personal). Pero está menos sujeto que muchos de nosotros a pautas locales, y no se siente forzado a elegir allí donde la elección sólo es inevitable para los que nos hemos habituado a considerarla como tal. De ahí, pues, el aire de libertad y de desprecio de las convenciones que se traduce en la franqueza, *cada vez más rara entre nosotros*, de que la obra da muestra en tantos lugares.

El título, con el subtítulo explicativo, hace que cualquier indicación en el sentido de que el libro tiene poco, mejor nada, que ver con la lingüística llamada “inmanente” sea superflua. Desde luego, poco es lo que se dice del “sistema” (y mucho del uso), de esas estructuras desencarnadas a las que se llega por una serie de reducciones brutales, por más que sean necesarias en algún sentido, si no es comentar unas palabras de Whiteley que, parafraseadas, vendrían a decir: “Bienaventurados los que pueden permitirse el lujo de hablar del sistema”. Lo que Sánchez Carrión hace, más que lingüística pura y hasta más que sociolingüística en las acepciones más usuales, es un estudio de los usos lingüísticos, encuadrados siempre dentro del marco mucho más amplio de las pautas del comportamiento social. Se trata, pues, de lingüística antropológica o, si se quiere, etnológica.

Esta orientación general, nunca olvidada, es la que da completa unidad a una reunión de estudios que podría parecer un tanto heterogénea, ya que en la “Introducción” misma se habla (p. 23) de “dos partes cronológica y temáticamente independientes entre sí”. Pero, como acaba de escribir en la página anterior, la finalidad buscada sin tregua ni flaqueza ha sido la de descubrir y describir el hogar familiar de los fenómenos de bilingüismo: “la

antropología de la vida cotidiana o, en nuestro caso, la descripción antropológica del uso lingüístico diario, una de cuyas variantes lo constituye el uso lingüístico de las comunidades multilingües”. En cuanto a su distribución, el libro, aparte del preámbulo ya mencionado, está en lo material dividido en dos partes: “Bilingüismo y espacio simbólico”, pp. 29-61, y “Los espacios categoriales”, 65-170.

El libro, por su misma inclinación teórica (busca, de alguna manera, una nueva vía de acceso a la comprensión del lenguaje como hecho global, inseparable por otra parte de su marco, que lo abarca y lo trasciende ampliamente), es inusualmente denso y, a mi entender, difícil, si es que uno no quiere quedarse en una lectura superficial, cosa que el estilo del autor, ágil y agudo, más bien favorece. Lo que dice y lo que sugiere, en lo general y en lo particular, en la doctrina y en la aplicación, es copioso y no siempre sobrenada de manera que llame insistentemente la atención. En resumen, me parece obra un tanto difícil, por lo mismo que es rica y densa. No lo digo con ánimo de reproche, sino todo lo contrario: lo señalo tan sólo porque me ha sorprendido oír que es toda simplicidad y transparencia, condición que sólo alcanzan o aparentan alcanzar los lugares comunes que, a fuerza de reiteración, se han convertido en jaculatorias manidas, cuyo sentido no importa. Acaso ya lo han perdido.

Los escritos aquí reunidos representan no ya una mera elaboración de viejos puntos de vista, sino un nuevo planteamiento de los problemas. Al igual que a partir del espacio de nuestra intuición se ha llegado a espacios cada vez más despojados y abstractos, Sánchez Carrión ha abandonado su concepción ingenua del espacio de las lenguas (él mismo emplea el adverbio “ingenuamente”), lo que llama el espacio “físico” o “territorial”, por otra, crítica, en la que los espacios son “mentales”, lingüísticos, categoriales (o también diatípicos, p. 71). De esta visión, que representa una solución de continuidad en su pensamiento, procede la orientación que guía este libro, orientación que por reciente se nos ofrece todavía un tanto cruda, falta de desarrollos y de profundización que no es utópico esperar para un futuro muy próximo.

En la segunda parte, y a partir sobre todo de la exposición de la “matriz X” (el texto va siempre acompañado de esquemas gráficos que facilitan mucho la lectura), p. 115 y ss., se entra de lleno en los problemas del conflicto, la convivencia y la sustitución de lenguas. Hay un núcleo, en cuyo corazón está el “espacio de identidad”, y envolturas periféricas, cada vez más lejanas del centro. Esta espesa corteza protege a la lengua de sus competidoras en los hablantes, ya que sólo después de que la “transgresión” ahonde la penetración podrá ser herida de muerte al perder, con su último espacio, su razón de ser: las lenguas dejan de ser usadas antes de que desaparezcan en el olvido. Esto señala muy bien la importancia de aspectos que, por ocultos, no siempre son tomados en cuenta. Señala también que cualquier proceso de recuperación lingüística, individual y sobre todo colectiva, tiene que ser paulatino y trabajoso, ya que tiene que rehacer (con ayuda de la “protección”) ese proceso en sentido contrario.

No voy a entrar en los muchos detalles que tienen aplicación directa a nuestra circunstancia porque correría el riesgo de utilizar, en favor de las opiniones propias y en contra de las ajenas, las ideas del autor en cuestiones disputadas que le son extrañas o en las cuales prefiere no intervenir. Lo que está fuera de duda es que el libro merece la más atenta lectura, tanto por su doctrina como por sus posibles aplicaciones, piense lo que piense o quiera lo que quiera el lector. Puesto que no es corriente que se publique un libro así aquí y fuera de aquí, no debemos dejar de aprovecharlo al menos los que lo tenemos más a mano que somos, a la vez, los que más necesidad tienen de él.

A título de opinión personal, me atrevo a apuntar que ciertas ideas, que representan “un punto de vista bastante generalizado en el estructuralismo moderno” (p. 115), se me figuran un tanto demasiado whorfianas. El latín, y esto es un hecho, no un parecer, goza de muy buena salud, en contra de lo que se dice en la p. 30, por mediación de varios-y ricos “canales de transmisión” o, si se quiere, gracias a la vitalidad de distintas continuidades lingüísticas.

La edición es buena en el aspecto material, aunque haya en las notas un número excesivo de erratas, aun para lo que se acostumbra entre nosotros. Hay una, incómoda, en la p. 169 (nota 3): léase “los cantones de habla romanche” en vez de “romance”.

*L. Michelena*